



el cuentacuentos 97



PRIMER PREMIO DE LA CATEGORÍA DE BACHILLERATO

LA FIEBRE

Irene Vallejo Moreu, de 18 años.
ZARAGOZA

Todavía entonces llegaba el estrépito si había boda en Chilecito. Se podían oír sones mortecinos en el trémulo silencio de la tarde. Gerineldo Caballas, que solía dudar si sobreviviría para la próxima, apuraba su café ardiente. Lo calentaba hasta que hervía con el fin de sentirlo recorrer su calcinado interior y asentarse en su estómago pedregoso. Sentía el dolor como una constatación de que seguía vivo, y vivir era casi una necesidad. "Mire qué si lo que hay después es peor, padrecito", le decía a don Alberto Rinconada, párroco en funciones.

El clérigo, que era un criollo de capital, con el rostro moreno aceitunado y el cuerpo esplendoroso de peón de quinta, susurraba "No hay nada peor que esto". Porque, aunque sentía un odio febril por la descorazonadora aldea polvorienta, retrasaba su marcha estación tras estación, sintiendo la dicha de su sacrificio supremo. Nadie dudó de que jamás se marcharía.

Las muchachas sólo le tenían ojos a él, con su olor a potro joven, su deje mundano, sus ojos de miel. Por eso se enfundaban sus pollerines de encaje almidonado sus

corpiños de alambre y sus abalorios, para entrar en el templo a llenar de rumores el aire sofocante.

Fue Asunción Guañepe la más fiel y asidua, y aun cuando las demás mendigaban ternuras entre los bananos en Catinzaco, Chamental o Villa Unión, ella envejecía por mirarlo con tanta intensidad, arrodillada en el suelo de tierra pisada. Un día le picó un alacrán y murió de inmediato, en silencio. Pasarían muchas jornadas antes de que nadie la moviera, porque parecía iluminada por un diáfano milagro. Cuando sus finos huesos no pudieron más, cayeron repiqueteando sobre el piso, plop, plop, plop, y todos vieron que la habían comido los insectos con desacostumbrada celeridad. Juanita Padilla y Pilar Nepas dijeron haber oído el golpeo todas las noches de su vida, hasta morir. Juraron que eran los huesos insepultos, que aguardaban desperdigados todavía por la iglesia, los que las atormentaban. Aunque Gerineldo había visto ya demasiadas muertes, demasiados huesos blanquecinos como para abandonar su mecedor.

Porque el señorito Caballas databa del tiempo de la fundación, como el Padre y la Madre de todas las cosas, que descansaban en las tumbas viejas. Las únicas respetadas por las iguanas en el encharcado cementerio. Fue iniciativa

de Gerineldo trasladarlo al lodazal, dejando la gran pradera de la Picada para los vivos, como si ya previera su propia existencia inacabable, los cientos de años sin dar signo de flaqueza o senilidad.

Por las tardes, Gerineldo se sentaba en el mecedor y le salían al paso los recuerdos. Tenía el dolor de una memoria implacable y una vida demasiado larga.

Si Angelina Trancas hubiera sabido esto último cuando lo parió atravesado, ensangrentado y medio ahogado en sus flemas, se hubiera reído con ganas de la alarma de la comadrona, del refunfuño del padre, del renacuajo tibio de la canastilla de mimbre. Pero no lo sabía, así que lloró días enteros por el pellejo vulnerable que había engendrado, a diferencia de los robustos y voluntariosos muchachos de la familia. Luego se levantó y atendió la casa y crió a mano a hijos, sobrinos y ahijados, lo cual no dejaba de ser una progenie considerable.

Gerineldo fue un niño débil, que creció entre los generosos vapores de la cocina de madera y la soleada guarida que encontró en una hamaca colgada en el desván. Apenas correteó con los primos, que peleaban en el lodazal o montaban detrás de la alambrada. Cuando las criadas lo encontraban, se burlaban entre crujidos de

almidón, diciendo que parecía un gallito desplumado. Gerineldo no alimentó el resentimiento, perdonando sus altiveces de muchachas bonitas. Con su navaja de cachas de guacamayo tallaba figuritas hasta astillarse las uñas. Los deformes juguetes de los días primeros fueron adquiriendo aspecto real y nítido. Cuando su padre se los admiró y habló de venderlos, él construyó un arca para su fauna inverosímil y los solltó río abajo, rumbo al gran Tremedal. Para entonces tenía diez años, los huesos como sonajas de feria y un sudor rojizo goteándole como a un Cristo milagrero.

A nadie sorprendió que enfermara. Creyeron que lo contrajo en una visita a la ciénaga en que volvió con la piel verde y la lengua tan inflada que le desbordaba la boca, escupiendo rabiosos espumarajos. Llegaron a cavarle una tumba junto a un gran banano para dar sombra, mientras le abrasaba la fiebre. Pero no murió, y nunca enfermaría de nuevo. Todo él se estiró, le brotó un pelo ralo y crispado, y resultó un animal nervioso, alargado y con la piel trémula, aunque mórbidamente atractivo. Ya no le servía su ropa, y le arreglaron precipitadamente la de su abuelo, corriendo los botones de concha y remendando las sisas que apestaban a naftalina. De su

experiencia le quedaron dos maldiciones, un miedo a morir que nunca le abandonó, y una curiosa alteración en la memoria: jamás olvidaría un rostro.

En los años siguientes aprendió el amor por la vida en la quinta, aun con su dureza. Sintió el primario apego a la tierra, con la luz dañina, la seca infinitud. Se levantaba bien temprano y acompañaba a los nativos con su silencio cordial. Cuidaba de los perros, limpiándoles de piojos y liendres, y llorándolos cuando no regresaban de la caza con su padre.

Cuando las lluvias enlodaban los campos y repiqueteaban en los techos de madera, tomaba el chocolate espeso de Angelina contemplándola con afecto. Su madre trajinaba desde siempre poniendo coto a las hormigas, tratando de frenar la vida exuberante que acechaba en el exterior. La nublaba su añoranza de la capital. Desde su llegada todo fue un jarro de agua fría a sus ilusiones de ciudad. Murió en la primera de las pestes que azotaron la región. Itaupá era un poblado de casas de barro y cañabrava, sin más medicinas que el aire translúcido de las montañas. Gerineldo la veló, y se estremeció viéndola morir a cada bocanada. Fue un proceso imparable, se precipitó a la muerte con mudo

desamparo. Nunca antes sintió Gerineldo un dolor tan acerado. Aulló de rodillas junto a los perros y deambuló durante insoportables días sin comer ni beber, pensando que mataría el recuerdo. Se emborrachó con desenfreno y se arrastró por la casa vomitando y golpeándose con las paredes.

Pasaron dos años antes de que regresara la peste. Una quieta madrugada cuando Gerineldo aun seguía perplejo y desorientado, un nativo enfermo llamado Onofre Bermúdez volcó una lámpara de alquitrán, que de una sola bocanada asoló los campos y las cosechas y los bosquecillos de acacias. Los hombres tomaron sus hachuelas y se precipitaron al corazón del fuego. Volvieron la noche siguiente, tiznados de ceniza y con un resto de insondable desesperación. Se había perdido todo ante sus ojos, burlándose de sus agónicos esfuerzos. Sólo quedó el pradito de begonias de Angelina, que se comerían los pulgones antes de emigrar a otros horizontes.

Todos los hombres cenaron juntos, con salvaje silencio, con el estupor y el miedo mal escondidos. Cuando el padre hubo acabado el arroz con plátano frito

y hubo restregado a conciencia su escudilla, subió al piso alto y se disparó un tiro en la cabeza.

Los primos acudieron al entierro y tras unos días de soleados lamentos saquearon las pocas propiedades valiosas del difunto que no se habían vendido todavía y se marcharon a caballo chillando como animales.

Gerineldo escupió a la tierra negra y recorrió en silencio el paisaje desolado de árboles espectrales, entre la neblina del amanecer. Se concedió un único día para beber e insultar su suerte maldita, braceando como si hubiera perdido la razón. Después, desterró el alcohol y la desesperación con un ademán resuelto, y comenzó a trabajar su tierra con sus manos. Subastó la casa y compró aperos, alquiló a voluntariosos nativos, trajo de nuevo animales. Se acostumbró a la intensa jornada, al dolor del sol en el cuerpo, a la húmeda casita de barro. Bendijo los tiernos retoños surgiendo de la tierra, aspiró su olor y devoró los gusanos que los ultrajaban.

Con todo, sólo alcanzó a salvar unas cuantas parcelas. Las otras pronto fueron inmensos pajonales donde se aposentaron los mulos mordisqueando polvo, taladrados por los tábanos y las uras.

El único amigo de esos tiempos fue Onofre Bermúdez, que le visitaba a menudo, para traerle comida y grano. El imperativo de su conciencia maltrecha fue mayor que el respeto que generaciones de peones se legaban por los Caballas. Gerineldo lo comprendió así y lo aceptó. Se acostumbró a su figura silenciosa que entraba apretando el sombrero con ambas manos. Llegaron a tenerse fidelidad de hermanos.

A sus espaldas, Itaupá empezó a crecer, libre del férreo dominio de la quinta. Corrieron difusos rumores de riqueza en mineral. Aventureros y comerciantes llegaron atropellándose. Se construyeron casas soberbias, con balconadas de madera. La actividad fue frenética, se habló de ferrocarril, de forasteros transoceánicos, de fortunas inabarcables. Luego el entusiasmo fue decayendo. Nadie había encontrado oro, ni carbón, todo lo más cascarudos perezosos. Los forasteros desertaron con el mismo unánime impulso que los trajo. Las obras de la vía se interrumpieron y todavía hay quien se magulla con los rieles oxidados que nadie se molestó en apartar.

Durante unos breves y desconcertantes años Gerineldo tomó el mando de Itaupá. La historia de la pérdida de la quinta había tomado dimensiones míticas,

era una leyenda indígena de estirpes malditas e ígneas expiaciones. Gerineldo fue un jefe atribulado y entusiasta, que se esforzó por traer mulas del correo, por trazar avenidas, plantar begonias, por dibujar mapas, instalar el hilo del telégrafo. En todo fracasó. Volvió a la casa con sus humildes sueños quebrados Y pasó el resto de su vida rodeado de aquellas tierras crueles. Se casó con una mulata de huesos grandes, de ojos de gama, de vientre abnegado. Se gozaron sin prisa, sin urgencia, en los veranos ofuscantes. Sólo le pudo reprochar que nunca le parió un hijo. Envejecieron suavemente, juntos, con el denso transcurrir de los lustros idénticos.

Mientras, él cuidó de las tierras con pasión; luego le fue venciendo el odio y el cansancio. La humedad se le filtró en los huesos y empezó a sentir cómo se descoyuntaban. Apenas se movía del mecedor. Solía ponerse un rifle sobre las rodillas, y decir que esperaba a sus primos para matarlos. Tuvo el presentimiento de que volverían y sabía que reconocería sus rostros, porque los había visto noche tras noche cuando el calor y el cansancio no le dejaban dormir. Necesitaba culparlos, y redimirse en un odio violento. Alquiló sus tierras y animales. Enflaqueció encogido de estar permanentemente sentado,

y perdió los dientes. Su deterioro físico se presentó imparable, como un despeño.

Cuando a su mujer la mató una víbora, estuvo una hora mirando fijamente los ojos del reptil, dudando si deseaba la misma muerte misericordiosa. Finalmente se impuso su miedo, y le voló la cabeza de un tiro.

Siguió esperando, incapaz de olvidar, bebiendo y estremeciéndose en visiones de los rostros de los primos fugitivos, volviendo con los cuerpos sumidos en infiernos de culpa y dolor. Disparaba en su delirio, asustando a los nativos. Onofre, que ya era el anciano más viejo de Itaupá, le cuidó con maternal dedicación. Lo alimentó de locro, le limpió las babas, le tejió mantas para cuando tiritara hervoroso, le susurró palabras nativas y lo salvó de su infierno obsesionante. Luego vivieron en paz, hasta que Onofre se fue a morir a su ramada, de puro viejo y arrugado.

Gerineldo, vorazmente solo con sus cuzcos cansados, era en la aldea un viejo lapacho olvidado, de madera muy dura. Alquunos le consideraban parte de los restos fosilizados del Abra Grande. Alberto Rinconada le buscaba, por piedad y por un recóndito sentimiento de

clase que le hacía sentirse el único digno de acompañarle y compadecerle.

Un día muy cálido presintió una figura hostil en el pajonal, junto a los quebrachos. Cogió el rifle y se llegó aunque le latían las sienes, le fallaban los ojos, la lengua se obstinaba en aferrarse al paladar.

Un hombre alto le esperaba. La luz excesiva le escondía a sus ojos, pero creyó adivinar. Aferró el arma y advirtió su pulso tembloroso, rogando que no fallara. El primo Pedrera. ¡Cómo lo había esperado! Era uno de esos ambientes cruciales en que hasta el aire es inminente. Por un instante se preguntó si compensaría su vida de perdedor abandonar aquel cadáver destrozado a los coatís. Pero era ley de vida.

Llegó a su lado jadeando. Miró aquel rostro y tuvo miedo. Supo que estaba allí, en un oscuro rincón de su memoria. Mas no le reconoció, no le vino a los labios su nombre. Era la primera vez, la única. Cerró los ojos para agudizar el esfuerzo. Estaban todos ahí, con la claridad del primer día. Angelina, su padre, Onofre, el primo Pedrera, la mulata. Y detrás otros rostros ajenos, que pasaron un solo instante junto a él pero que bastó para fijarlos en la

galería infinita de su recuerdo atormentado. Sin embargo buscó en vano.

- Compadre, no me reconoce?

Se le acababan las fuerzas, el calor le abatía, quería el descanso y se tendió en la tierra dura y sedienta. El rifle inútil descansaba a su lado, ardiendo.

Apenas respiraba ya, se le nubló el pajonal, un peso muy grande y doloroso cargaba su pecho.

-Soy la Muerte, compadre.

Y los cuzcos aullaron desasosegados en la cabaña de barro, porque ellos sí le reconocían.